

## 2) LITURGIA

A. Elberti, *La Liturgia delle Ore in Occidente. Storia e Teologia* (Roma: Edizioni Dehoniane 1998) 586 pp.

A la reforma litúrgica puesta en marcha por el concilio Vaticano II le llueven críticas periódicamente, unas más justificadas que otras, pero la más persistente de todas es la que asegura que la liturgia no llega al pueblo, porque no es del pueblo. Ha sido elaborada sin contar con él y, consecuentemente, el pueblo no se reconoce en ella. Al parecer, la receta de los liturgistas de promover la formación litúrgica para salir de la crisis no convence a muchos, porque a estas alturas no se trataría de formar, sino de transformar radicalmente el universo de la liturgia. Sin cerrar los oídos a las voces críticas; uno no puede menos de sentir tristeza ante descalificaciones globales de una reforma litúrgica que apenas ha cumplido treinta años. Lo mismo que en la euforia del concilio muchos pensaban ingenuamente que la solución de los problemas pastorales vendría por la reforma litúrgica que se anticipaba y experimentaba, a veces sin control ni criterio, también ahora se reclama una segunda reforma litúrgica para salir del atolladero celebrativo-pastoral. No fue suficiente el primer encontronazo, que se quiere otro; pero ya se sabe que somos expertos en tropezar en la misma piedra.

Arturo Elberti se ha metido con este estudio sobre la Liturgia de las Horas por un sendero complicado. También ella está en crisis. De ser una pesada carga sobrellevada sin ilusión por la amenaza de pecado grave —cuando el pecado tenía alguna importancia— se ha pasado a orillarla sin escrúpulos. Pues en punto a obligatoriedad, da lo mismo que se haga promesa ante el obispo en el momento de la ordenación de diácono de rezar la Liturgia de las Horas, y de reiterarla en la renovación de las promesas sacerdotales en la Misa Crismal, o que se exprese en la profesión religiosa a norma de las constituciones: ninguna de las dos formas de promesa o voto es óbice para que llegado el caso, justificado o no, alegremente uno se salte la oración de la Iglesia sin que esto implique turbulencia alguna en la conciencia. Evidentemente, no se puede ni se debe generalizar ni cuantificar la crisis, pero nadie dudará que existe, y que no hay que escarbar mucho para toparse con ella. ¿Será que con otra reforma del Oficio divino se animarán los perezosos a rezarlo con mayor fidelidad?

El Autor nos presenta en este estudio sobre la Liturgia de las Horas en occidente razones y motivos abundantes para tomar en serio esta oración. Traza la historia y saca a luz la teología: no una cosa y después otra, sino extrayendo de la historia la teología, o haciendo teología en la historia que relata. Ciertamente, la formación litúrgica no lo es todo, pero sin ella ¡qué difícil resulta comprender, asimilar, sintonizar con lo que celebramos! Ha dividido el libro en cuatro grandes secciones. En la primera perfila los fundamentos bíblicos de la oración de la Iglesia, prestando par-

ticular atención a los salmos, como oración de la asamblea, y a la oración de Jesús, así como a las enseñanzas apostólicas. Pone particular empeño en mostrar las raíces hebraicas de la liturgia cristiana: la oración que nos enseñó el Señor, la oración de bendición (*berakah*) y de acción de gracias (eucaristía), las fiestas principales del año litúrgico etc todo se comprende mejor y se ilumina en su novedad cristiana desde el horizonte del culto veterotestamentario. En la parte segunda estudia el nacimiento de la «tradición» de la oración de la Iglesia; es importante subrayar este punto: la Liturgia de las Horas no es un entretenimiento piadoso para desocupados, sino que forma parte de la tradición eclesial. Y lo fundamenta analizando las fuentes patrísticas a partir de la generación subapostólica, las fuentes litúrgicas y el magisterio. Esta oración, desde muy temprano, reviste dos formas principales: la presbiteral y la monástica. La evolución de estas dos corrientes hasta el siglo XII será el objeto de esta sección. En la tercera parte estudia el proceso que lleva hacia la conformación del breviario, las causas que están detrás de esta nueva forma de entender la oración de la Iglesia, los intentos de renovación del breviario, hasta los umbrales del Vaticano II. En esta sección introduce un capítulo interesante sobre la Liturgia de las Horas en las iglesias reformadas, trazando su historia y su teología hasta su renovación actual. La última parte es la más breve, pero para nosotros la más importante, puesto que analiza la estructura y contenidos teológicos, espirituales y celebrativos de nuestra actual Liturgia de las Horas. Ya en el título quiere poner de relieve de qué se trata con la reforma emprendida a raíz del concilio (SC 83-101): volver a la oración eclesial, o sea, el proceso que va del Breviario a la Liturgia de las Horas. El punto de partida de esta última sección es la constitución apostólica de Pablo VI *Laudis canticum* (1-11-1970) y los prenotandos de este libro litúrgico conocidos como Ordenación General de la Liturgia de las Horas (*Institutio Generalis de Liturgia Horarum*, 11-4-1971). En estos dos documentos se basa la renovación de la Liturgia de las Horas, que no es una simple reforma, sino un retorno a los orígenes de la oración de la Iglesia, en su intención y sentido, retorno que no es copia de esquemas periclitados sino actualización de la «tradición» orante de la Iglesia. Pero hay que estar de acuerdo con el Autor cuando señala que si en un momento dado se dio un proceso de monastización de la oración eclesial, reduciendo a uno los dos caminos de oración que había en la Iglesia, el presbiteral y el monástico, ahora, con la nueva liturgia de las horas, se ha dejado a los monjes y monjas sin camino propio, salvo los de la familia benedictina y cisterciense por el empeño que han mostrado en no perder la especificidad de su tradición orante. Si la vida monástica y contemplativa tiene en la oración su rasgo más propio e identificativo, ¿por qué no expresarlo también en la oración litúrgica con una distribución más acorde con el espíritu y la espiritualidad monástica? También creo que es justa la crítica del Autor a la actual estructura del Oficio divino por cuanto apenas se distingue el oficio ferial del dominical. La importancia que la misma Iglesia está dando al domingo (cf. carta apostólica de Juan Pablo II *Dies Domini* 31-5-1-98) debería mostrarse también en el tono y contenido de la celebración de la Liturgia de las Horas.

Por lo que se refiere a la historia medieval de la Liturgia de las Horas, el Autor recoge la aportación entre otros de los canónigos regulares (San Norberto y los premostratenses), los dominicos, los franciscanos, las clarisas y el carmelo; es un recorrido que nunca falta. Pero convendría tener en cuenta otras aportaciones menos conocidas. Inocencio III con la bula *Operante divine dispositionis*, el 17 de diciembre de 1198 «hanc Fratrum Ordinis Sanctae Trinitatis Regulam approbavit», en cuyo párrafo 39 se lee: «In regularibus horis morem beati Victoris observent, nisi forte pausationes vel alie prolixitates et vigilie occasione laboris et paucitatis servientium, de consilio piorum et religiosorum virorum, fuerint remittende. Propter paucitatem etenim suam tantas pausationes in psallendo facere non tenebuntur nec ita tempestive surgere».

Unos años más tarde, el 7 de diciembre de 1267, Clemente IV con la bula *In ordine vestro*, reproduce en lo sustancial este precepto introduciendo algunas excepciones referidas a los hermanos que sirven a preladados o están de viaje. Ciertamente, en una historia de la Liturgia de las Horas como la que aquí se ofrece no pueden aparecer todos los datos, porque se haría interminable. Pero tal vez sí se podría acortar los más conocidos y ofrecer algunos nuevos, que también contribuyeron a la historia del Oficio divino. Por lo demás, el libro merece una lectura atenta, porque se trata de un asunto importante, y porque tiene detrás una documentación impresionante, como se puede comprobar en la amplísima, y bien organizada, bibliografía sobre la materia que ocupa más de veinte páginas.

J. M.<sup>a</sup> de Miguel González

A. Galindo García, *Despertar con Dios. Libertad en el honor de la caridad. Homilias ciclo «A»* (Madrid: Edibesa 1988) 255 pp.

*Ibid.*, *Despertar con Dios. Un canto a la vida y a la esperanza. Homilias Ciclo «B»* (Madrid: Edibesa 1996) 208 pp.

*Ibid.*, *Despertar con Dios. Búsqueda y encuentro. Homilias Ciclo «C»* (Madrid: Edibesa 1997) 235 pp.

A primera vista, el subtítulo puede despistar, pues habla de «homilias» para cada uno de los tres ciclos; pero, en realidad, no se trata aquí de libros de homilias al modo convencional con exégesis de textos y aplicaciones pastorales. Pero justamente aquí está el acierto y novedad de la propuesta «homilética» que nos ocupa. Como por exigencias de programación, es decir, de secularización, la cadena SER dejó un día de transmitir la Santa Misa, las emisoras locales de la cadena intentaron cada una a su modo salvar alguna presencia religiosa. Y Radio Segovia ideó para los domingos un programa mañanero de diez minutos: «Despertar con Dios». Con este precioso título, Ángel Galindo García, catedrático de Moral Social

y Decano de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, fue tejiendo cada domingo unos originales comentarios a la liturgia de la Palabra. Como el medio era la radio y los destinatarios múltiples y de vario pelaje (creyentes, medio creyentes, agnósticos y otros) intentó con estos comentarios que ahora recoge aquí en forma de libro, acercarse al fondo del alma humana, haciendo resonar en ella el mensaje central del domingo, que uno tras otro recorre la problemática entera del ser humano. Y bajo la guía de la Palabra va iluminando situaciones cercanas, conocidas, vividas por los oyentes (ahora lectores), que así se sienten interpelados, confortados, estimulados. Queriendo poner de relieve el filón espiritual que alimenta a cada uno de los evangelios correspondientes a los distintos ciclos los ha subtítulo expresivamente como «libertad en el hondón de la caridad» (ciclo A), «un canto a la vida y a la esperanza» (ciclo B), y «búsqueda y encuentro» (ciclo C). Entre comentario y comentario, se inserta la «colaboración» de las Monjas Dominicas del Convento de Santo Domingo el Real de Segovia; la reflexión de las monjas contemplativas rompe el esquema, más pegado al mundo, del comentario del Capellán, es decir, del Autor, que, en efecto, además de otros cargos y oficios ejerce como tal en ese Convento. En breves palabras, las monjas dan el tono hondamente religioso del mensaje dominical. Son palabras como dardos elevados al cielo, para luego descender, en el comentario final del Capellán, a la historia concreta que ahora se contempla mejor iluminada, desde más alto, con mayor sentido. El lenguaje es vivo, lleno de símbolos y metáforas, nada abstracto, con marcado acento antropológico, hilado finamente con ayuda de poetas que hace de su lectura un gozo no sólo religioso, sino también literario. Por eso he dicho al principio que, aunque no son homilias propiamente dichas, sí pueden enriquecer, inspirar, aligerar el género homilético tan enrarecido en ocasiones.

J. M.<sup>a</sup> de Miguel González

J. Ramos Domingo, *Cómo transmitir hoy la Palabra. Indicaciones para la homilía* (Madrid: PPC 1998) 106 pp.

El ministerio de la Palabra no está en su mejor momento. Las causas son múltiples y de variado tipo: unas veces por la propia dificultad del mensaje, otras por la deficiencia de los lectores, algunas porque no resalta ni la sede de la Palabra ni el libro que la contiene. Pero las críticas se suelen cebar en la homilía. Es un hecho que sale en todas las encuestas, de aquí y de fuera de nuestras fronteras, que los fieles no están satisfechos con la predicación de sus pastores. Algo parece fallar en la transmisión del mensaje, o no lo dominamos o no lo sabemos comunicar, o ambas cosas. Pues bien, este librito del profesor Ramos Domingo ofrece pistas para una posible, y deseable, solución. Los responsables del ministerio de la Palabra, y en particular de la homilía, lo leerán con gran provecho, y les gustará. Está escrito al modo de Gracián, con brevedad y sustancia.

Detrás tiene la gran tradición patristica y de los maestros de la oratoria sagrada de nuestro «dorado siglo XVI»; en estas fuentes bebe el autor para actualizar y contextualizar sus mejores y más valiosas aportaciones a fin de transmitir con eficacia la Palabra. Con subtítulo humilde propone estas reflexiones como «indicaciones para la homilía». Ciertamente lo son, pero puede despistar, pues tales «indicaciones» constituyen el entramado de una buena homilía. La lectura de este precioso libro nos incita a tomar en serio el ministerio de la Palabra desde la preparación a la exposición, atendiendo a los recursos exegéticos, a las leyes de la oratoria, a las exigencias de la comunicación que han de entrar en juego para que la homilía llegue a la asamblea y alcance su fin: la conversión del corazón suscitada por la Palabra. El autor afirma que estas son sólo «indicaciones» para la homilía; pero la verdad es que la desbordan, es decir, en el breve tiempo de la homilía resulta difícil atenderlas todas. Y ni hay que hacerlo, pero sí sería muy bueno atender a la perspectiva global que ofrece el libro para preparar y pronunciar una buena homilía. Quizás el autor debería haber tenido en cuenta el cansancio del predicador; a veces se trata de un esfuerzo, el de la homilía, demasiado grande para tan escasos resultados. Tal vez aquí resida parte del actual fracaso homilético.

J. M.<sup>a</sup> de Miguel González